

Las mujeres en Austen

Catalina León

FONT: LEÓN, C. (2023) *Las mujeres en Austen*. Madrid: Ediciones Rialp.

Una novela inacabada: Los Watson Escrita durante 1803-1804

En D., una localidad de Surrey, iba a celebrarse el primer baile de invierno el martes 13 de octubre, y todo el mundo esperaba que fuera muy señalado. De forma confidencial, se hizo circular una larga lista de familias del condado cuya asistencia se daba por segura, y había grandes esperanzas de que incluso los Osborne hicieran acto de presencia. Después, claro está, vino la invitación de los Edwards a los Watson. Los Edwards eran gente pudiente, vivían en la ciudad y tenían carruaje propio. Los Watson vivían en un pueblo a cinco kilómetros de distancia, eran pobres y carecían de coche cerrado.

Parece ser que fue durante su residencia en Bath tras la jubilación de su padre cuando Jane Austen comenzó a escribir esta novela. Desconocemos los motivos por los que quedó inconclusa y, desde luego, tuvo tiempo suficiente para acabarla. En esos años no había logrado publicar todavía ninguna novela, a pesar de que tenía escritas al menos tres, y puede ser que considerara más adecuado revisar y reescribir los textos consolidados antes que iniciar otra aventura. El caso es que hoy *Los Watson* es una de las dos novelas que dejó sin terminar, aunque por motivos diferentes.

El argumento general gira en torno a los temas más importantes de su narrativa. El matrimonio como salida lógica y casi única para las mujeres de la *gentry* y la problemática que sufrían las muchachas que tenían dificultades para ello. El núcleo de la narración está en la familia que da título al libro, los Watson, compuesta por el padre y varios hijos e hijas, ya que la esposa ha fallecido como se nos dice al principio de la historia. Todo transcurre en el condado de Surrey y entre las diversas familias de ese condado que solían relacionarse entre ellas. Los Osborne, los Edwards, los Watson. Como sucede en *Orgullo y prejuicio* la protagonista es la segunda hermana, Emma, una de las cuatro chicas de la familia. Las otras son la señorita Watson, la mayor y las dos más pequeñas, Penelope y Margaret que, al contrario que sus hermanas, resultan

bastante indeseables en sus modales y forma de pensar. Mientras que la señorita Watson es muy sensata y Emma una chica bien educada que se ha criado con una de sus tías (hecho que, como hemos comentado, solía ser corriente en la época cuando una familia tenía muchos hijos), las más jóvenes están auténticamente desesperadas por conseguir marido y no les importa en absoluto pasar por encima incluso de sus propias hermanas.

La cosa comienza con el anuncio de un baile. Será la presentación, como una importante novedad en el grupo, de Emma Watson que acudirá al baile gracias a que los Edward, una familia adinerada, le proporcionarán carruaje y estancia. Allí estarán los más poderosos de la zona, los Osborne, así como una legión de intereses mezclados. Los trajines del baile y de las relaciones entre los personajes ocupan buena parte del inicio que contiene algunas conversaciones interesantes acerca de la mencionada necesidad y casi obligación de pescar marido por parte de las chicas. Algunas de las frases que se recogen en el libro son verdaderamente paradigmáticas de esta cuestión. Además de eso, se menciona la única salida que les queda a las solteras sin posibilidad de casamiento, esto es, la de ser institutrices. Lo que sí queda claro es la mala opinión que tienen las chicas del trabajo de maestras, además del hecho de que la supuesta relación fraternal se quebraba con facilidad si había hombres de por medio. Lo que no deja de ser una amarga conclusión.

Dado que la novela no se terminó, hay un apéndice final que se añadió por su sobrino James Edward Austen-Leigh, biógrafo de la escritora, en su libro *Recuerdos de Jane Austen*, publicado en 1870. En ese apéndice se menciona que Cassandra heredó el manuscrito de la novela y lo enseñó a unas sobrinas, contándoles además el final que había previsto Jane, que se relata de forma sucinta y resumida.

El misterio de por qué la autora no terminó la novela es otro más de los que rodean el proceso, prolijo y cuidadoso, de escritura que llevaba Jane Austen.

(...)

Casarse por amor

Virginia Woolf (1882-1941) en su famoso ensayo *Una habitación propia* describe la escritura de Jane Austen como «una obra para personas mayores, escrita por una mujer, que escribe como una mujer y no como un hombre». Woolf reivindica por primera vez la necesidad de que la mujer afirme su independencia intelectual por medio de la literatura, como una forma de expresión del talento, cuya exposición pública había tenido que sufrir inconvenientes varios. Desde los casos en los que la mujer no firmaba con su nombre y publicaba de forma anónima, hasta aquellos en los que la firma que aparecía era la del marido, a pesar de que la autora era la mujer, la casuística era muy variada. También había quienes tenían guardada su obra en el cajón del secreter y no eran capaces de sacarla a la luz por miedo o por falta de confianza en sí mismas. O aquellas que solo mostraban su arte en el entorno más cercano, en la familia, sin traspasar nunca el umbral de lo íntimo.

(...)

La situación de la mujer

En los tiempos de Austen la mujer siempre dependía de un varón. Primero del padre, a veces de un hermano, luego de un marido. En ocasiones no había “luego” y la dependencia familiar era permanente. En muchos sentidos el matrimonio garantizaba que, al menos, tenías una casa que podías llamar tuya y eras la señora de esa casa. En la clase media rural, la *gentry* o la *pseudogentry*, no era posible acceder a trabajos serviles, sino que la única salida era el matrimonio o ser institutriz. Esto si no tenías dinero propio. En sus novelas, Jane Austen nos presenta a algunas mujeres de la clase alta que son excepciones a la regla. Por ejemplo, la señorita De Bourgh de *Orgullo y Prejuicio*, la única hija de lady Catherine, quien blasona de que en su familia no existe la vinculación al varón para heredar. Lady Catherine, que es un personaje prepotente, que trata a los demás por encima del hombro y está muy apegada a los valores de su clase, demuestra aquí una extraña modernidad al rechazar la supremacía de la rama masculina en las herencias. Seguramente en ese tiempo ya había por Inglaterra bastantes lady Catherine que pensaban lo mismo.

Por ejemplo, Emma Woodhouse que está en el mismo caso. La herencia de su padre y la casa familiar, Hartfield, serán para ella cuando su padre muera. Esto la convierte en la única heroína de Austen con independencia económica. Son ejemplos muy concretos y pare usted de contar. El resto necesita un padre que las dote o las mantenga, un buen marido o algún pariente que las salve de la miseria digna. Y son conscientes de ello: «Ya sabes que no tenemos más remedio que casarnos. Yo me arreglaría muy bien sola; con unos pocos amigos y un agradable baile de vez en cuando me contentaría, si una fuera a ser siempre joven. Pero nuestro padre no puede asegurarnos el porvenir, y es muy triste envejecer, ser pobre y que se rían de ti» (*Los Watson*).

Una tercera parte de las muchachas del siglo xviii se casaba embarazada. El adulterio se tomaba a la ligera en la aristocracia. Había hijos naturales por doquier, empezando por los reyes y la nobleza más alta. Pero en la *gentry* las cosas iban muy en serio y todo lo que fuera salirse de las normas sociales comúnmente aceptadas estaba muy mal visto. La madre de Fanny Price (*Mansfield Park*) y su alocado matrimonio es una prueba clara de que perder la cabeza podía significar quedarte fuera de tu núcleo familiar para siempre. Todo esto estaba tan asentado en las mentalidades que cualquier salida de tono era tenida muy en cuenta. Como se explica en *Orgullo y prejuicio*, cuando Lydia Bennet se escapa con el frívolo Wickham, las consecuencias de esa deshonra pública podían alcanzar, y de hecho alcanzaban, al resto de la familia por generaciones. Había una mezcla de hipocresía social y de aparente rectitud en los hábitos que generaba un ambiente opresivo y estricto. Sin embargo, Jane Austen intenta darle cierto toque de ligereza a la cuestión, quitarle algo de dramatismo, observar el fenómeno desde fuera, para que nos demos cuenta de lo absurdos de algunos comportamientos sociales. Más que una crítica directa y feroz lo que utiliza es la sencilla exposición de los hechos y sus resultados. Espera de esa forma que el lector saque sus propias conclusiones, lo que no deja de ser una actitud muy “moderna”, alejada del intento moralizante de sus compatriotas y de algunos novelistas posteriores.

Las mujeres de la clase alta o de la burguesía territorial que no disponían de recursos no podían hacer trabajos que las de la clase baja sí podían llevar a cabo. Para aquellas

estaban reservados los trabajos de institutriz, ama de llaves o similar. Para la clase baja quedaba el duro servicio doméstico y el trabajo en el campo o las fábricas. Esa limitación a la hora de salir al mundo queda bien patente en las novelas de Austen. La situación de las mujeres tenía varios modelos, muy estrictos en su composición y en sus límites: Las jovencitas casaderas, las casadas, las viudas y las solteronas. Las chicas que querían casarse y estaban en edad de ello salían pronto a la sociedad (a los quince o dieciséis años) y la caza del marido comenzaba muy pronto, en ocasiones incluso se realizaban acuerdos entre las familias que garantizaban la boda en un plazo concreto. No solo se tenía en cuenta el nombre, la dote de ambos o la clase social, sino también otros detalles como los buenos modales y los orígenes. En un momento en que la burguesía industrial está en ascenso y, con ella, algunas profesiones liberales, aún permanecía la contradicción entre un buen apellido, noble y pobre y un abogado con buena posición, por ejemplo.

Solteronas

Las solteronas estaban mal vistas. No queda claro a partir de qué momento una mujer que no se había casado entraba en esta categoría. Más bien parece que era cuestión de voluntad o, mejor dicho, de desestimiento. Si la búsqueda de marido comenzaba a los quince años, a los veinticinco ya llevaban diez años de faena, por así decirlo. Y eso implicaba asistir a bailes, ser invitada a reuniones, mantenerse en los cánones de belleza de la época, tener un vestuario apropiado, lo que significaba disposición en la muchacha y gastos para la familia. Anne Elliot (*Persuasión*) ha cerrado su puerta al amor a los veintisiete años, porque lleva desde los diecinueve recordando y siendo fiel a su amor perdido; pero su hermana Elizabeth, con dos años más, es decir, veintinueve, se considera aún una chica casadera y actúa en consecuencia.

A veces esas mujeres tenían que encontrarse con la competencia de las viudas de buen ver y patrimonio asegurado, que solían casarse también, como los viudos, en segundas nupcias. Los matrimonios en segundas nupcias eran frecuentes. Las bajas de los hombres por la guerra y las de las mujeres por los partos, generaban un vaivén matrimonial considerable. Los matrimonios entre primos fueron algo muy frecuente entre los Austen. La prima Eliza, una interesante figura familiar, confidente de las

hermanas Austen, se convirtió en la esposa de Henry y este trató de una forma muy cariñosa y protectora al hijo de ella, Hastings, que estaba enfermo y murió con solo quince años.

Las solteras merecen una reflexión especial. Jane Austen vivió el final del Antiguo Régimen y los inicios de la Modernidad. Por ello, sus mujeres están inmersas en contradicciones propias del sistema, resultado de la tradición dieciochesca, que es más conservadora y de los nuevos procesos de individualización femenina. Esa encrucijada de finales del xviii y principios del xix presenta cambios y transformaciones muy importantes en todos los órdenes de la vida que se trasladan, como es lógico, a las relaciones humanas, las familias y la vida sentimental de los ciudadanos. La solterona (*spinster* en el uso inglés) es considerada por algunos como una persona aparte, al margen del transcurrir de la vida, en ocasiones ridícula y poco importante. Esta idea no es solo propia de la época Austen, sino de los años posteriores y anteriores porque desde 1600 la idea negativa y casi denigrante de solterona se asocia a las mujeres que no han contraído matrimonio.

La modernidad de Jane Austen se manifiesta también en este tema. Y para eso, para que no haya duda, lo refleja con nitidez en uno de sus personajes más potentes y originales, Emma Woodhouse, joven, guapa, rica e independiente. Emma defiende las razones para permanecer soltera y las fundamenta en su situación económica boyante, en la autoridad que tiene sobre sus propiedades y sobre sus finanzas y en las buenas relaciones sociales que su posición le permite. Estaba segura de que ninguna mujer casada podría ser tan dueña de su casa como lo era ella de Hartfield. Siendo así, ¿qué necesidad tenía de casarse? Solo son estúpidas y ridículas, dignas de lástima, las solteras pobres, las que tienen que depender de la caridad de algún pariente, viene a decirnos. Por ello, si Emma se casa (cosa que en ese momento ella descarta) tendría que ser siempre con alguien muy superior en todos los sentidos, como para que le mereciera la pena.

Las razones de Emma son todas de carácter práctico, como se ve, fundadas en el bienestar de la mujer y en sus posibilidades de llevar una vida confortable. No hay condicionantes de orden religioso ni moral en sus afirmaciones, porque en la obra de Austen no hay rastro de motivos religiosos. La literatura moral del siglo xviii ridiculiza

a las solteras de edad avanzada al determinar que el matrimonio garantiza dos aspectos esenciales: el sustento económico y la construcción moral y social que establecía una vida digna. A esos cánones debían ceñirse las mujeres en su configuración de vida. Pero la situación de Emma no era usual, la mayoría de las mujeres tenían que optar entre casarse bien o permanecer soltera en condiciones precarias o, al menos, dependientes. Lo que Emma Woodhouse viene a decirnos (o, lo que es lo mismo, Jane Austen a través de ellas) es que el problema no era tanto permanecer soltera sino ser pobre. Ahí establece un paradigma nuevo, basado, no ya en la clase social, sino en la posición económica.

(...)

El papel de la mujer

Esta mirada transversal sobre la obra de Jane Austen, centrada en sus “mujeres” no termina, ni mucho menos, el acercamiento a su obra, una obra corta en comparación con otros escritores, pero admirablemente decisiva. Entre sus seis novelas mayores hay una conexión oculta que las convierte, una a una, en joyas de enorme valor. Son novelas que ejemplifican modelos narrativos y que, a pesar de sus elementos comunes, son capaces de forjar una historia diferente. Los lectores se suelen identificar más con alguna que con otras y eso es parte de la enorme “discusión Austen” que tiene el vigor y la fortaleza que ningún otro escritor posee. A día de hoy el encendido debate por la obra de Jane Austen, las interpretaciones y comentarios, los paralelismos, las comparaciones con otros escritores, las referencias a sus tramas, personajes y frases famosas tienen un eco sobresaliente, de manera que podemos decir sin temor a errar, que su obra está muy viva, que es muy actual y que no ha pasado de moda. El resto de las novelas de sus contemporáneos son hoy prácticamente arqueología; por el contrario, la obra de Austen aparece como recién escrita, tal es la cercanía que sentimos con ella por la universalidad de las emociones, sentimientos y comportamientos que aborda.

Distinta a todos los demás, con un lenguaje propio y una mirada observadora, tenaz y muy personal, las novelas de Austen están llenas de mujeres, como hemos ido viendo

en este recorrido. No hay en ella un solo tipo de mujer, aunque sí caracteres que nos resultan más admirables y otros que generan rechazo. No se puede permanecer indiferente a estos debates.

En algunas ediciones he encontrado notas del editor o del traductor que señalan la circunstancia de que la escritora no plasmó en sus novelas el mundo en que vivía y ello es así porque, según afirman, no recogió ninguno de los conflictos políticos o bélicos que se estaban desarrollando entonces y eran bastantes. En realidad, el mundo de Jane Austen fue convulso, lleno de cambios, guerras, hambres debido a las malas cosechas, movimientos sociales y dificultades de todo tipo. Es cierto que en sus novelas no aparece la guerra con Francia o con las colonias americanas, ni el movimiento ludita, que estaba en efervescencia, ni la revolución industrial con sus tensiones sociales, ni tampoco las epidemias, la pobreza extrema, incluso la enfermedad. Pero no estaríamos en lo cierto y no entenderíamos el sentido de su obra si de esto sacamos la conclusión de que la escritora estaba de espaldas a su tiempo y su mundo en lo que se refiere a las preocupaciones de la gente. Lo que sucede es que su mirada se dirige a la clase social a la que pertenece y a la que conoce bien. Pero, dentro de ella, no solo pone de manifiesto los problemas que existían, sino que insiste una y otra vez en ellos, contribuyendo en gran medida a que tengamos conciencia de los mismos incluso en la actualidad.

Y si hay algo a lo que Jane Austen contribuye decisivamente es a revelarnos el papel de la mujer. Todo ese aparente vodevil que crea a partir de la búsqueda de marido no es un canto frívolo al juego amoroso ni al chico-busca-chica sino la prueba evidente de que la única salida honrosa que tenían las muchachas de su clase, de la gentry y de la pseudo-gentry, era el matrimonio. De esto hemos hablado con amplitud en estas páginas, pero nunca se ponderará bastante lo difícil que resultaba el equilibrio entre herencias vinculadas a las ramas masculinas, hijos huérfanos, mujeres viudas, chicas desamparadas y en busca de salidas honrosas para su vida. Hablamos de supervivencia, no de diversión.

En realidad, el mundo que retrata Jane Austen es un mundo en trance de desaparición. El éxodo del campo a la ciudad que ocasiona la revolución industrial y el auge del textil, por ejemplo, contribuirá de lleno a la pérdida del concepto de ruralidad en la

Inglaterra del *siglo xix*. En tiempos de la Regencia de los siete millones y medio de personas que vivían en Gran Bretaña (a los que había que añadir más de dos millones que lo hacían en las colonias) la tercera parte vivía del campo y en el campo. El campo inglés con su tranquila belleza dejará de ser el escenario bucólico de una vida común. Y las ciudades se irán atestando y convirtiendo en lugares súper poblados, dando lugar a nuevas formas de vida. Y habrá otros enclaves que cambiarán de fisonomía por mor de las maneras de ocio que han de surgir, algo que la autora ya entrevió en su inacabada *Sanditon*.

Terminamos como comenzamos. En 2023 se cumplen 248 años del nacimiento de Jane Austen. En 2025 se conmemorará el 250 aniversario, una cifra redonda. En 2023 también se cumplen los 206 años de su muerte, sucedida en 1817 y los 212 años de su primera obra publicada (*Sentido y sensibilidad*, 1811). Todas estas abrumadoras cifras nos están diciendo algo fundamental: la posteridad ha acogido a Jane Austen como una de sus escritoras, no ha habido olvido, ni preterición. Algo de esto puede hallarse en las páginas de un libro fundamental en la crítica literaria *El canon occidental* escrito y publicado en 1994 por el prestigioso crítico y profesor de la universidad de Yale, Harold Bloom (Nueva York, 1930-New Haven, Connecticut, 2019). Las consideraciones que Bloom realiza sobre Jane Austen en este libro son de una enorme agudeza. Por las páginas de Bloom desfilan las distintas heroínas que Austen retrata con su estilo elegante de decir las cosas, pero también cotidiano, sencillo y austero. Desde la pizpireta e ingeniosa Elizabeth Bennet a la doliente y madura Anne Elliot. Pasando, claro está, por esa sufrida Fanny Price y por la maravillosa Emma, dotada de todas las dulzuras. Harold Bloom se detiene en estas cuatro mujeres porque su mirada acerca de Austen está organizada en torno a esos libros concretos, *Orgullo y prejuicio*, *Persuasión*, *Mansfield Park* y *Emma*, respectivamente.

No podríamos hablar, en ningún momento, de “modelos de mujer”, sino de mujeres distintas, que asumen sus vidas y su existencia con una cierta capacidad de entendimiento de lo que les ha tocado. En realidad, todas ellas comparten una época especialmente dura para las mujeres, como se ha podido traslucir en las palabras de este libro y también comparten un punto de vista femenino, exento de exclusiones,

pero lleno de aspectos comunes, que contribuyen a comprender un territorio emocional que les resulta conocido.

Cuando leemos ahora las novelas de Jane Austen siempre trazamos paralelismos entre ellas y entre ellas mismas y nosotras. Nosotras, mujeres del siglo xxi, sentimos que hay todavía lazos que necesitan desatarse y emociones que no están ajustadas a lo que sería necesario para una vida fiable, cálida, serena y llena de expectativas. Por eso entendemos a las mujeres de Austen, la entendemos a ella y siguen siendo todavía en nuestra época, motivo de conversación, forma de disfrute, gozo de una lectura que es más que eso.

Quizá no somos demasiado conscientes de la fortaleza de carácter que la autora exhibió y que plasmó en algunas de sus mujeres. Pero hay en las historias suficientes negativas al matrimonio, por ejemplo, como para darnos cuenta de ello. Rechazar una buena boda, incluso una regular, era un acto de total heroísmo, porque casarse, ya lo hemos dicho, significaba el adquirir la posición que permitía a las mujeres llevar una vida digna. No diremos independiente, porque la dependencia del marido se daba por supuesta, pero esta era mucho mejor que la dependencia al pariente masculino de turno sobre todo porque el aspecto económico quedaba solucionado de una forma más airosa.

Las mujeres Austen son chicas normales y en esa normalidad queremos ver un trasunto de la condición femenina, sin elementos sobrenaturales y sin añadidos fantasiosos. Todas ellas nos muestran cómo son a través del magnífico arte de la conversación, tan estimado por la escritora y tan revelador de los sentimientos, emociones y contradicciones de sus personajes. Lo que podría ser una muestra de color local, una visión pequeña de un mundo cotidiano pequeño, llega a trascender la frontera del tiempo y del espacio en que se produce. Resulta extraordinario que unas novelas escritas hace más de doscientos años nos sigan resultando tan actuales y adorables como si se hubieran escrito anteayer.